

#### REYEZUEL

Algún tiempo después de aquella despedida precipitada, llegó al colegio una carta de D'Argenton. El poeta escribía á "su querido director," para decirle que, habiendo variado su posición, á causa de la muerte de una parienta, le rogaba que le admitiese su dimisión de profesor de literatura. En postdata añadía que la señora de Barancy, obligada á salir de París repentinamente, confiaba á su hijo Jack á los cuidados paternales del señor Moronval. En caso de enfermedad avisese á las señas de D'Argenton, en París ó donde se encontrare.

"¡Los cuidados paternales de Moronval!" ¡No se ha-

bría reído poco al escribir esa frase! ¡Como si no conociese al mulato, como si no supiera lo que esperaba al niño en el colegio en cuanto se supiera que su madre se había ido y que ya nada había que esperar de ella!

Al recibo de aquella carta seca, sucinta, impertinente á fuerza de discreción, Moronval tuvo uno de esos accesos de cólera, terribles, alocados, como le daban algunas veces, y producían en el colegio el temblor, la conmoción, la agitación, la consternación de una tempestad en los trópicos.

¡Se había marchado!

Se había ido con aquel descamisado, aquel belitre, sin talento, sin ingenio, sin nada. ¡Ah! ¡Ella llevaría su merecido!... ¡Vaya una vergüenza! ¡Una mujer de su edad, porque ya no era una niña, tener corazón para irse, dejar á ese pobre chico solo en París, en manos de extraños!

Si bien compadeciendo la suerte del pobre niño, el mulato se agitaba de un modo que parecía decir: "Espera... espera... ya verás cómo lo cuido, cómo cuido á tu Jack, y muy paternalmente!"

Lo que más lo irritaba, no era el chaseo que se había llevado, viendo para siempre muerto su proyecto de Revista, aquella última esperanza de fortuna, sino el misterio insolente, desconfiado, en que se envolvían aquellos dos seres que se habían conocido por él, en su casa, á quienes sus salones habían servido de intermediarios. Corrió al boulevard Haussmann en busca de noticias para saber algo; pero allí el misterio era el mismo. Constanza esperaba una carta de su señora. Lo único que sabía era que había roto definitivamente con

su "Buen Amigo," que abandonarían la casa del boulevard, y que probablemente venderían el mobiliario.

—Ah, señor Moronval! añadía la vigorosa factótum: ha sido una gran desgracia que pusieramos los pies en su casa de usted.

El mulato volvió al colegio, convencido de que al trimestre siguiente quitarían á Jack del colegio, ó se vería obligado á despedirlo por falta de pago. Resultó de aquí, lo mismo para él que para toda la gente del colegio, que como ya no había que tener miramientos á Barancy, convenía desquitarse de todos los mimos que se le habían prodigado durante un año.

Esto empezó desde arriba, en la mesa del maestro, en la cual, desde aquel día, no sólo se sintió el igual, sino el mártir de los demás. Ya no hubo vino ni postres.

"Zarza-rosa" como todo el mundo, "agabanzo," salobre, dulzón y turbio, tan cargado de cuerpos extraños y de espuma malsana, como las aguas de un río desbordado. Y constantemente miradas de odio y alusiones ofensivas.

Procuraban hablar de D'Argenton delante de él. Decían que era un poetastro egoísta, vanidoso. Cuanto á su abolengo aristocrático, ya sabía todo el mundo á qué atenerse; y aquellos corredores donde decía que había pasado su infancia, no existían, como no existía el viejo aristocrático castillo perdido allá en lo alto de las montañas. Donde había estado de muchacho, era en la casa de huéspedes que tenía su tía en la calle de Fourcy, una de la encrucijada de callejuelas tortuosas y húmedas que rodean la iglesia de San Pedro.

La pobre mujer era auvernesa, y todo el mundo recordaba haberla oído cien veces gritar por aquellos co-

rededores de la casa de huéspedes: "Amaury, hijo mío, súbeme la llave del cuarto número siete." Y el Vizconde le subía las llaves.

Aquellas burlas sangrientas contra el Vizconde, á quien tanto detestaba, divertían al niño; pero había algo que no le dejaba reírse de ellas, ni mezclarse á la ruidosa alegría de sus compañeros los de "países cálidos," que daban pruebas de su adúladora bajeza, á cada nueva broma de Moronval. Y era, que siempre aquellas revelaciones burlescas acababan con alusiones á otra persona á quien no nombraban, es cierto, y la cual no quería el niño adivinar, porque se echaba á temblar de pensar que no se equivocaba. Parecía que algún lazo misterioso unía en el ánimo de los comensales á Amaury D'Argenton, aquel belitre, ridículo, antipático, con aquella otra persona á quien el niño adoraba y respetaba más que nada y más que á nadie del mundo.

Había, principalmente, cierto ducado de Barancy que salía á colación en todas las conversaciones.

—¿Dónde se encuentra ese ducado? gritaba Labassindre. ¿En Turéna ó en el Congo?

—De todos modos hay que convenir en que está muy "entretenido," replicaba el doctor Hirsch, guiñando maliciosamente un ojo.

—¡Bravo, bravo... muy bien entretenido!

Y todos reían á mandíbula batiente.

Hablábase también del famoso lord Peambeck, comandante general de los ejércitos de la India.

—Lo he conocido mucho, decía el doctor Hirsch; él fué el que mandó el regimiento de los treinta y seis papás.

—¡Bien por los treinta y seis papás!

Jack bajaba la cabeza, miraba al pan, al plato, y ni siquiera se atrevía á llorar de miedo á aquella ironía que lo ahogaba. A veces, sin darse cuenta del verdadero significado de las palabras que oía, notaba algo que le echaba el ultraje que querían hacerle, en la expresión burlona de aquellos semblantes.

Entonces, la señora de Moronval le decía cariñosamente:

—Jack, hijo mío, ve á dar una vuelta por la cocina.

—¡Bah! decía Labassindre: no lo entiende.

Ciertamente, el pobre muchacho no lo entendía todo; pero su inteligencia abríase á esas primeras tristezas, se fatigaba buscando las razones del desprecio y del odio que lo rodeaba; y algunas palabras obscuras oídas en las conversaciones de la mesa, le quedaban en el ánimo como una duda, como una mancha.

Hacía tiempo que sabía que no tenía padre; que llevaba un nombre que no era el suyo; que su madre no tenía marido: todo esto servía de punto de partida á sus tristes reflexiones. Sentíase acometido de susceptibilidades. Un día que Saïd le llamó "hijo de cocota," en vez de reírse como otras veces, se abalanzó al cuello del egipcio y le hizo un araño con sus manitas crispadas, que estuvieron á punto de estrangularlo. A los aullidos de Saïd acudió Moronval, y por primera vez desde su entrada en el colegio, el pobre Barancy trabó conocimiento con la matraca.

Desde aquel día desapareció el encanto. El mulato no se contuvo ya en sus arrebatos de castigo; pegar á un blanco le parecía cosa muy sabrosa. Ahora ya, para que la suerte de Jack fuese en un todo semejante á la de Madú, no le faltaba más que ir á la cocina. Pero no

vayáis á creer que con esta revolución, verificada en el colegio, había mejorado en lo más mínimo la suerte del reyecito. Al contrario, más que nunca era el objeto de todos los malos tratamientos. Labassindre le molía á puntapiés, el doctor Hirsch seguía tirándole de las orejas, y el Padre del palo le hacía pagar caro la muerte de su proyecto de Revista.

“Nunca contentos, nunca contentos,” repetía el dichado negrito, acosado por las tiránicas exigencias de sus amos. A su abatimiento se agregaba un estado singular de nostalgia, producida por la nueva estación, el regreso del calor y del sol, y sobre todo por aquella visita al Jardín de Acimatación que le había traído recuerdos vivos, palpitantes de la patria ausente.

La melancolía de desterrado se tradujo primero por un terco mutismo, una resignación á toda prueba con las exigencias y los palos. Después, el semblante de Madú tomó una resolución, una animación extraordinaria. Cualquiera hubiese dicho que al correr por el Jardín, por la casa, en sus múltiples ocupaciones, se encaminaba á un punto lejano desconocido para todos; y cualquiera lo hubiera dicho, por la fijeza de su mirada y el ademán con que andaba como si alguien caminase delante de él y lo fuera llamando.

Una noche, cuando el negrito estaba acostándose, Jack le oyó refunfuñar en su extraña lengua, y le preguntó:

—¿Estás cantando, Madú?

—No, zeñó; yo no cantá, yo hablar en nego.

Y confió á su amigo todos sus proyectos. Había resuelto marcharse. Pensaba en ello hacía tiempo, y no esperaba más que la vuelta del sol, para ejecutar su

plan. Ahora que el sol había vuelto, Madú iba á volverse á Dahomey y á reunirse con Kerika. Si Jack quería acompañarlo, irían á pie hasta Marsella, se esconderían en un buque, y se marcharían juntos. A él nada malo podía sucederle, porque llevaba su “gri-gri.”

El otro hizo objeciones. Aunque era muy desgraciado, no le entusiasmaba el país de Madú-Ghezo. El gran caldero de cobre dorado lleno de cabezas recién cortadas, acudía siniestramente á su memoria. Y además, allá estaría aún más lejos de su madre.

—¡Bueno! dijo el negro tranquilamente. Tú quedarte en el colegio; yo,irme solo.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana, contestó el negro con voz resuelta.

Y en seguida cerró los ojos para conciliar el sueño, como si hubiera de necesitar de todas sus fuerzas.

Al día siguiente por la mañana era “día de método,” como decían en el colegio. Ese día se reunían para la lección de la señora Decostere en el salón grande donde estaba el armónium, porque este instrumento era necesario para la lectura expresiva. Al entrar, Jack vió á Madú barriendo la destartalada é inmensa habitación, y supuso que había renunciado á su viaje.

Ya hacía una ó dos horas que los alumnos de “países cálidos” estaban en clase y se desternillaban las mandíbulas por aprender la “configuración de las palabras,” cuando apareció la cabeza de Moronval por la entreabierta puerta.

—¿No está aquí Madú?

—No, respondió la señora Moronval-Decostere: lo he mandado á la compra.

Aquella palabra, “compra,” llevó á la fisonomía de

todos los chicos una expresión tal de alegría, que de seguro hubieran podido decir en seguida la configuración exacta de aquel vocablo, si se la hubiesen preguntado. ¡Comían tan poco! Jack, menos hambriento, pensó en su conversación de la noche antes, que como la había tenido en el momento de dormirse, se le había quedado impresa como si fuera un sueño.

El señor Moronval se marchó para volver al cabo de algunos instantes:

—Pero ¿y Madú?

—No ha vuelto. . . . . No sé qué habrá hecho, contestó la mujer, un poco intranquila también.

Las diez, las once, y Madú sin parecer. Ya hacía tiempo que habían concluido la lección. Era la hora en que ordinariamente subían de la cocina subterránea, tan pequeña y tan pobre, pero cocina al fin, ciertos olores calientes que sobreexcitaban el apetito feroz de los colegiales. Aquella mañana, nada: ni legumbres, ni carne. Y Madú sin parecer.

—Le habrá sucedido algo. . . decía la señora de Moronval, más indulgente que su feroz marido, el cual iba de cuando en cuando á la entrada del Pasaje con la matraca en la mano para esperar al negro.

Sonaron las doce campanadas del medio día en todos los relojes; las marcaron todos los del bolsillo; se oyeron en todos los de torre de los alrededores, señalando esa hora del almuerzo que divide el trabajo del día en dos períodos próximamente iguales. Aquellas alegres campanadas vibraron de un modo siniestro en los estómagos vacíos de todos los habitantes del colegio. Y mientras se iba haciendo el silencio en todas las fábricas y talleres de la vecindad, y mientras de todas las

casas del Pasaje las cocinas encendidas enviaban hasta ellos ruido de freidura y humillos apetitosos, los maestros y los discípulos, sin tener nada que hacer, se entregaban á ese loco esperar de la comida que no llegaba.

¿No os figuráis aquel colegio hambriento, sin víveres, perdido como barco naufrago en medio de un océano de gentes que almorzaban?

Los chiquillos tenían las caras estiradas, los ojos abiertos, y sentían despertarse en ellos, con los calambres del hambre, sus antiguas ferocidades de caníbales. A eso de las dos de la tarde, la señora Morónval-Decostere se decidió, á pesar de su origen aristocrático, á ir á comprar salechicha, porque no se atrevía á dar el encargo á ninguno de aquellos muchachos hambrientos, temiendo que lo devorase todo por el camino.

Cuando volvió cargada con panes enormes y papeles aceitosa y grasientos, la recibieron con un ¡viva! de entusiasmo, y solo entonces, como si todas las imaginaciones extenuadas se hubiesen reanimado con la esperanza de comer, empezó cada cual á comunicar á los otros suposiciones y temores provocados por la fuga del reyecito. Moronval no creía en un accidente; tenía sobradas razones para prever una escapatoria.

—¿Cuánto dinero llevaba? preguntó.

—¡Quince francos! . . . . respondió tímidamente su mujer.

—¿Quince francos? . . . . Pues entonces es seguro que se ha escapado.

—Pues lo que es con quince francos no logrará llegar al reino de Dahomey, dijo el doctor.

Moronval sacudió la cabeza, y fué en seguida á dar parte al Comisario de barrio.

Era un mal negocio aquel. Era necesario, á toda costa, encontrar al muchacho y evitar que llegase á Marsella. El mulato temía las observaciones del señor Bonfils, y además, como la gente es tan mala, el príncipe podría quejarse de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir, y desacreditar el colegio. Así es que, en su declaración ante el Comisario, tuvo muy buen cuidado de decir que Madú se había llevado una suma considerable de dinero. Después de lo cual, añadió que la cuestión de dinero le preocupaba muy poco, pero que le acongojaba pensar en los peligros á que se exponía aquel pobre niño, aquel infeliz hijo de reyes, destronado, sin hogar y sin patria.

Al tigre se le humedecían los ojos al hablar. Los agentes de policía lo consolaban.

—Ya lo encontraremos, señor Moronval, no tenga usted cuidado.

Pero el señor Moronval, por el contrario, estaba con mucho cuidado y tan agitado, que, en vez de esperar tranquilamente en su casa el resultado de las pesquisas, como le aconsejaba el Comisario, se puso inmediatamente en campaña, escoltado por todos sus discípulos, entre los cuales iba nuestro amiguito Jack, con objeto de secundar los esfuerzos de la policía.

Hubo excursiones lejanas y variadas á todas las puertas de París. El mulato preguntaba á los aduaneros, les daba las señas de Madú, en tanto que los muchachos salían á ver si por aquellos caminos que empezaban en los fielatos se alojaban entre los carros vacíos ó algunos regimientos en marcha, la silueta negra del reyecito.

Luego iban á la prefectura de policía á la hora del parte; ó bien entraban en las prevenciones, por las mañanas cuando se abren las puertas de esos establecimientos para operar la primera selección de lo que ha caído durante la noche en esa red nocturna que tiene la policía, en la cual se agitan tantas miserias y tantas infamias.

¡Ah! ¡Y vaya si saca fango la tal horrible red: cuando la echan hasta los fondos de la gran ciudad! Algunas veces ese fango es rojo, y cuando se le mueve, exhala un olor nauseabundo de crimen y de sangre.

¡Qué idea más singular la de llevar allí niños, llenar sus ojos de todos esos horrores, sacudir sus nervios al temblor de aquellas voces suplicantes, de aquellos aullidos, maldiciones, sollozos, canciones obscenas, toda esa música infernal que se oye en las prevenciones de policía, cuando están llenas, y la cual les ha valido el apodo, triste, y que rechina, de "El violón."

Aquello era lo que el director del Gimnasio Moronval llamaba iniciar á sus discípulos en la vida parisiense.

Los chiquillos de los "países cálidos" no comprendían bien todo lo que veían, todo lo que oían, pero sacaban de allí una impresión siniestra: Jack, cuya inteligencia estaba más despierta, más afinada, volvía de esas excursiones con el corazón metido en un puño, inquieto, sensible, asustado de lo que hay en el fondo de ese París entrevisto, y pensando á veces con espanto: "Tal vez esté ahí dentro Madú."

Luego se tranquilizaba, suponiendo que el negrito debía de estar ya lejos, corriendo á todo correr por la carretera de Marsella, carretera que él suponía derecha

como una I, con el mar al final y los buques dispuestos á hacerse á la vela.

Todas las noches, al entrar en el dormitorio, Jack experimentaba un movimiento de alegría cuando veía desierta la cama de su amigo:

“¡Cómo corre, cómo corre el reyecito!”... se decía; y por un momento olvidaba las tristezas de su propia existencia, el abandono inexplicable en que lo dejaba su madre. Una cosa, sin embargo, lo inquietaba, relativa al viaje de Madú. El tiempo, que era tan hermoso el día de su fuga, había cambiado súbitamente. Ahora volvía á caer agua á cántaros, y granizo y hasta nieve, como si el invierno quisiera defenderse todavía contra las invasiones de la primavera. Y esto le disgustaba mucho; y en algunas claras fortuitas, el viento, que soplaba continuamente, traía torbellinos de nubarradas tales, que los muchachos, dormidos bajo la claraboya de cristales vibrantes, envueltos en el aire de fuera que sacudía las endeables paredes del edificio, podían muy bien soñar que estaban haciendo una larga travesía y experimentar impresiones de alta mar y de peligros terribles.

Acurrucado entre las sabanas, para sustraerse á los terribles vientos colados que corrían y silbaban por el dormitorio, Jack seguía con el pensamiento la ruta imaginaria que había tomado Madú-Ghezo. Veíalo acurrucado en el fondo de un barranco, debajo del árbol de un bosque, resistiendo ráfagas y chaparrones, sin más defensa que la levítica encarnada, impotente para preservarlo de los furoros del tiempo.

Pues bien, la realidad era aún más siniestra que todas esas suposiciones.

—¡Ya lo han encontrado! gritó Moronval una mañana, entrando precipitadamente en el comedor en el momento en que iban á sentarse á la mesa... Lo han encontrado. Acaban de avisarme de la prefectura de policía... ¡Pronto, mi sombrero y mi bastón!... Voy corriendo á reclamarlo en el Depósito.

Estaba en un estado cruel de indignación, de malvada alegría.

Tanto por adular al maestro como para satisfacer la necesidad de chillar que les caracterizaba, los muchachos acogieron la noticia con un ¡viva! formidable. Jack no mezcló su voz á aquel aullido de triunfo, y pensó en seguida: “¡Ah, pobre Madú!”

Madú estaba en el Depósito, en efecto, desde el día anterior. Allí, en esa cloaca, entre malhechores vagabundos, un montón humano ahito de pereza, de disgusto, de cansancio ó de embriaguez, todos mezclados sobre unos cuantos colchones tirados en el suelo. Allí fué donde el heredero presunto de la corona de Dahomey fué encontrado por su excelente maestro.

—¡Ah! ¡Infeliz muchacho, en qué estado tengo que... tengo que!...

El digno Moronval no pudo hablar más, sofocado por la sorpresa y por la emoción; y al verlo echar al cuello del negrito sus dos enormes brazos, como ávidos tentáculos, el inspector de policía que lo acompañaba, no pudo menos de pensar:

—Este es un director de colegio que quiere de veras á sus discípulos.

En cambio aquel mal corazón de Madú parecía enteramente indiferente; sus facciones no expresaron nada al ver aparecer á Moronval, ni alegría, ni pesar, ni sor-

presa, ni vergüenza, ni siquiera ese santo temor que le inspiraba el mulato ordinariamente, y que parecía que las circunstancias debían fortalecer en aquel momento.

Sus ojos miraban y no veían, sombríos en aquella faz negra, pálida por debajo y desprovista de brillo. Lo que más acentuaba su postración era el aspecto sórdido y aterrador de toda su persona: un verdadero montón de harapos llenos de barro. Desde los pies á la cabeza, y hasta en el pelo mismo, el barro se había ido amasando por capas antiguas y recientes superpuestas, las unas secas, de las cuales se levantaban en placas color de polvo.

Parecía un ser anfibio que se hubiera metido primero en el agua, y que luego se hubiese revolcado en la arena de la orilla.

No llevaba ni zapatos ni gorra; sus galones, sin duda, habían excitado la atención de algún ratero. Cubrían sus carnes solamente el pantalón y el chaleco encarnado, todo deshilachado, y sin permitir ver de qué color era más que en alguno que otro sitio, desteñido por el sol y manchado por el fango.

—¿Qué le había sucedido?

Solo él podría haberlo dicho, si hubiese querido hablar. El inspector sabía solamente que unos agentes de seguridad, de servicio el día anterior en las canteras de América, lo habían encontrado tendido sobre el horno de un tejear, medio muerto de hambre y entumecido, á consecuencia del excesivo calor del horno. ¿Cómo estaba todavía en París? ¿Qué le había impedido marcharse?

Moronval no se lo preguntó, ni le dirigió la palabra

en el largo trayecto que recorrieron los dos en carruaje, desde el Depósito al colegio.

Entre el niño tirado en el fondo del coche como un fardo, y el director que aparecía solemne y triunfante, no hubo más que algunas miradas.

¡Y qué miradas!

Una hoja de puñal aguda, acerada y cortante, cruzándose en el aire con un hierrecillo torcido, roto y vencido anticipadamente.

Cuando Jack vió pasar por el jardín aquella faz negra y estrepeada, costóle trabajo el conocer al príncipe.

Madú le dirigió un "buenos días, zeñó," de una tristeza inenarrable; luego en todo el día no se volvió Madú á ocupar de él. Las clases se verificaron á sus horas de costumbre y los recreos lo mismo. Solo de cuando en cuando, y muchas veces repetidas, oyéronse grandes golpes sordos, y profundos gemidos que arrancaban del cuarto del mulato. Hasta cuando aquel ruido siniestro cesaba, parecía á Jack estar oyéndolo; la señora de Moronval parecía muy conmovida también al oírlo, y á veces veíase temblar el libro que tenía en las manos.

A la hora de la comida el director se sentó á la mesa extenuado, pero radiante:

—¡Oh, ese misegable! decía á su mujer y al doctor Hirsch; ¡en qué estado me ha puesto el misegable!

Y la verdad es que parecía rendido por el cansancio.

Por la noche, en el dormitorio, Jack vió ocupada la cama contigua á la suya. El pobre Madú había puesto á su amo en un estado tal, que no tuvo más remedio que meterse en la cama, y eso no lo pudo hacer sin ayuda.

Jack había deseado hablarle, conocer los pormenores

de su viaje tan penoso y tan corto; pero la señora de Moronval y el doctor Hirsch estaban allí, inclinados sobre el niño, que parecía dormir, con esos profundos suspiros que arranca al pecho un día de fatiga y de lágrimas.

—¿De modo, señor Hirsch, que no cree usted que esté malo?

—Lo mismo que yo, señor... Crea usted que está acorazado lo mismo que una fragata el demonio este.

Cuando se marcharon, Jack cogió la mano de Madú, que parecía más negra junto a lo blanco de las sábanas, y que estaba rasposa y ardiente como un ladrillo recién sacado del horno.

—Buenas noches, Madú.

Madú entreabrió los ojos, y mirando a su amigo con salvaje descorazonamiento:

—Se acabó Madú, le dijo en voz muy baja. Madú perdido "gri-gri". Ya no verá jamás su tierra. Se acabó...

He aquí por qué no había salido de París. Dos horas después de su fuga del colegio, cuando andaba en los alrededores de las afueras buscando una puerta que lo condujera al campo, los quince francos de la compra y la medalla que llevaba al cuello, habían pasado, sin que él supiera cómo, al bolsillo de uno de esos rateros para quienes toda presa es buena, uno de esos pájaros de rapiña que se abalanzan a todo lo que brilla.

Entonces, sin pensar ya en Marsella, ni en los barcos, ni en el viaje, sabiendo que sin su "gri-gri" no llegaría nunca a Dahomey, Madú desanduvo el camino andado, y recorrió durante ocho días y ocho noches consecutivas los peores sitios de París en busca del amuleto. Temeroso de que lo cogieran y lo reintegraran a casa

de Moronval, había hecho esa vida nocturna, arrastrada, escondida que hace el París que roba y que mata. Había dormido en las casas en construcción, en los solares, debajo de los puentes donde sopla el viento, detrás de unos barracones convertidos en teatro, y mezclado con toda la escoria social.

Favorecido por lo pequeño que era y por su color negro, había podido escurrirse por todas partes y dormir en cualquiera. Había sentido el vicio, rozándole con sus viscosas y silenciosas alas de ave nocturna; había comido el pan de los ladrones, porque los ladrones son a veces caritativos. Había asistido a repartos nocturnos, a reuniones de asesinos en los sótanos de alguna casa en obra, y su sueño de niño había estado al lado del sueño de un bandido. Pero ¿a él qué le importaba? Buscaba su "gri-gri" y pasaba por entre todas aquellas infamias sin verlas.

Entre la inmensa escoria parisiense, el príncipe estaba tan tranquilo como en los bosques a donde Kerika le llevaba a acampar a las grandes cacerías, cuando, despierto durante la noche por los berridos de los elefantes y de los hipopótamos, veía bajo los árboles gigantes vagamente iluminados, formas de animales monstruosos que rondaban en torno del campamento, y sentía las ondulaciones de los reptiles que pasaban por debajo de las hojas, sobre las cuales dormía él. Pero París es más terrible con sus monstruos que todos los bosques de Africa; el negrito se hubiese asustado mucho, si hubiera podido ver y comprender. Afortunadamente, la idea de su "gri-gri" lo ocupaba por completo, y aquí, como en las lejanas cacerías, la protección de Kerika se extendía sobre él...

—¡Se acabó Madú!

El príncipe no habló más aquella noche, por lo extenuado que estaba, y su vecino de cama tuvo que dormirse sin saber más pormenores.

En medio de la noche, Jack despertó sobresaltado.

Madú reía, cantaba, hablaba solo con una volubilidad extraordinaria, y en la lengua de su país. El delirio comenzaba.

Por la mañana, el doctor Hirsch, á quien habían llamado precipitadamente, declaró que Madú estaba muy enfermo.

“Una buena “meningitis encefálica,” decía, frotándose unas con otras sus falanges amarillentas y relucientes como fichas de jugar. Sus gafas brillaban. Estaba contentísimo.

¡El tal doctor Hirsch era un hombre terrible! Con la cabeza trastornada por las lecturas científicas, por todas las utopías, por todas las teorías, demasiado perezoso y desordenado para un trabajo seguido, apenas había cogido una ó dos prescripciones médicas, y ocultaba su ignorancia real con un farrago de estudios sobre las medicinas india, china, caldea. Hasta se ocupaba de una de magia; y cuando por casualidad caía en su poder una vida humana, pensaba en los misterios del sortilegio y en las tenebrosas recetas peligrosas de las hechiceras.

La señora de Moronval opinaba que debían de llamar á un verdadero médico para auxiliar á aquella ciencia delirante, pero el director, menos compasivo y no amigo de hacer gastos que probablemente no le reintegrarían nunca, dijo que bastaba con el doctor Hirsch para cuidar aquel macaco, y se lo abandonó por completo.

Como quería poseer él solo á su enfermo, el extraño doctor tosió y pretextó una complicación que podía hacer contagiosa la enfermedad, para mandar que llevarsen la cama de Madú al otro extremo del jardín, á una especie de estufa cerrada de cristales como todas las demás barracas de la antigua fotografía hípica y en la cual había una chimenea.

Durante ocho días, pudo ensayar en aquella pequeña víctima todas las medicinas de los pueblos bárbaros, y atormentarla á su gusto: el otro resistía como si fuese un perro enfermo. Cuando el doctor, cargado de frascos mal tapados, llenos y compuestos por él, de paquetes de polvos olorosos y variados, entraba en la estufa cerrando cuidadosamente la puerta, era caso de pensar:

“¿Qué irá á hacerle?”

Y los chicos de “países cálidos,” para quienes un médico tenía siempre algo de mago, de hechicero, movían la cabeza y abrían mucho los ojos.

Pero les estaba prohibido acercarse, á causa de la epidemia, y así existía un rincón misterioso, allá en el fondo del jardín, un rincón rodeado de sombras, de misterio, de terror, donde parecía prepararse un acontecimiento mucho más oculto y aterrador que todas las drogas del doctor.

Jack hubiera deseado, sin embargo, ver á su amigo Madú; franquear aquella cerrada puerta, abarricada por una vigilancia infatigable y rigurosísima. Por fin, á fuerza de atisbar, aprovechó un momento, en el cual el doctor, en busca de algún medicamento olvidado, acababa de salir á la calle, para entrar con Said en aquella enfermería improvisada.

Era uno de esos sitios medio rústicos donde se guardan los instrumentos de jardinería y macetas de plantas delicadas. La cama de hierro en que estaba acostado Madú reposaba sobre la tierra movida. Veíanse en los rincones botes de barro amarillo apilados unos sobre otros, pedazos de hierro, de vidrios rotos, de un azul muy bonito, de ese azul de atmósfera que forman capas de aire superpuestas. Ramas secas de enredadera y grandes montones de raíces muertas, completaban aquel aspecto desolador; y en la chimenea, como si allí se hubiera refugiado alguna plantita trópica sensible al frío y débil, brillaba la llama de la lumbre, llenando la estufa de un calor sofocante y soñoliento.

Madú no dormía. Su pobrecita cara, cada vez más deslustrada y sucia, conservaba la misma expresión de absoluta indiferencia. Sus manos negras, se crispaban cogiendo el embozo de la sábana. Había algo de animal en el abandono de su ser, en aquella renuncia de todo lo que le rodeaba, y la manera que tenía de estar vuelto hacia la pared, como si á sus ojos se abrieran rutas invisibles por entre las piedras blanqueadas con cal, y como si cada grieta del viejo barracón hubiera sido una salida luminosa hacia un país conocido por el sol.

Jack se acercó al lecho.

—Soy yo. . . . Soy el "zeñó" Jack.

El otro lo miró sin comprenderlo, sin contestarle; ya no sabía francés. Todos los métodos del mundo habrían sido inútiles para enseñárselo de nuevo. Poco á poco, la naturaleza iba volviendo á apoderarse de aquel pequeño salvaje; y en el delirio, durante el cual uno no se pertenece, en el cual el instinto borra todo lo que se ha aprendido, Madú no hablaba más que la lengua de

Dahomey. Jack le dijo dos ó tres cosas más en tono cariñoso, en tanto que Saïd, que era mayor que él, se alejaba lleno de terror y de angustia, sintiendo el frío que las alas de la muerte esparcen en derredor de ella, cuando va bajando lentamente, como pájaro que se deja caer sobre la frente sombría de los agonizantes. De pronto Madú dió un gran suspiro. . . . Los dos niños se miraron.

—Creo que duerme. . . murmuró Saïd muy pálido.

Jack, muy turbado, también respondió en voz baja:

—Si, tienes razón, está durmiendo. . . Vámonos.

Y los dos salieron precipitadamente, abandonando á su compañero en poder de no se qué sombra siniestra que lo envolvía, más aterradora aún en aquel extraño sitio, donde entraba una luz verdosa, indefinible, un rayo de luz del jardín, á la hora del crepúsculo.

Ya es de noche. En aquel desván silencioso y oscuro, cuya puerta cerraron los niños al marcharse, brilla la llama de la chimenea, se refleja, se pasea por todos los rincones como si buscase á alguien á quien no encontraba. Ilumina los vidrios amontonados, se mete en el interior de las macetas vacías, sube por las varillas de hierro viejo que se apoyan en la pared, y corre incesantemente sin encontrar á nadie; ¡á nadie! Se pasea por la cama de hierro, con aquella levitilla encarnada, cuyas mangas se estiran tranquilamente en actitud de reposo; pero parece que tampoco allí hay nada, porque la llama continúa recorriendo el techo y la puerta, sigue rondando y estremeciéndose hasta el momento en que cansada, agotada, desanimada, comprendiendo que el fuego era inútil, que ya no tiene á nadie á quien calentar allí, se mete entre las cenizas y se apaga, ella

también, como el pobrecito rey que tanto la había animado otras veces.

¡Pobre Madú! La ironía de su suerte lo perseguía hasta la tumba; el director del colegio vaciló mucho tiempo entre si debía ser enterrado como un criado ó como un príncipe real. De un lado se presentaba la cuestión de economía, del otro un interés de reclamo y de vanidad que pudo más que el otro. Después de larga indecisión, Moronval se dijo que era necesario dar un gran golpe y que, puesto que el rey niño no había dado en vida todo el provecho que esperaba él, era necesario aprovechar su muerte.

Organizaron, pues, unos funerales pomposos.

Todos los periódicos publicaron una biografía del rey de Dahomey, biografía bien corta ¡ay! y proporcionada á la duración de su existencia, pero rodeada, envuelta en un largo panegírico del colegio Moronval y de su director. La excelencia del método Decostere, la ciencia del médico que asistiera al regio niño, la salubridad de la institución, nada había sido olvidado; y lo que hubo de más conmovedor en todos aquellos anuncios, fué su unanimidad, la conformidad de su estilo.

Un día del mes de Mayo, París, que á pesar de sus innumerables ocupaciones y su atareamiento febril, se cuida siempre de lo que ocurre, París vió desfilar á lo largo de los boulevares un entierro opulento y extraño. Cuatro colegiales negros llevaban las cintas de un féretro riquísimo. Detrás un colegial de la raza amarilla con un fez en la cabeza—Said—llevaba sobre un almohadón de terciopelo no sé qué cruces extrañas, qué insignias llamadas Reales. El mulato, con corbata blanca, seguía inmediatamente rodeado de Jack y de los de-

más alumnos. Detrás iban los profesores, los amigos de la casa, todos los desheredados conocidos de Moronval ¡Cuántas espaldas encorvadas, cuántas caras enflaquecidas, abofeteadas por la suerte que les había marcado sus cinco dedos en la mejilla con huellas imborrables! ¡Cuántas miradas tristes, cuántos cráneos sin pelo y con la aureola de las ilusiones! ¡Cuántos abrigos raídos, zapatos rotos, esperanzas perdidas, ambiciones irrealizables!... Todo aquello iba desfilando, con la turbación que le producía verse exhibido en la calle y en pleno día, y en verdad que aquel cortejo siniestro era el que convenía al pobre reyecito destronado. ¿Acaso no eran todos aquellos infelices desilusionados, pretendientes á un reino imaginario, en el cual no habían de entrar jamás?

¿No es verdad que sólo en París puede verse un entierro semejante: un rey de Dahomey acompañado al cementerio por todos los desheredados de la bohemia?

Para que aquella ceremonia lamentable fuese más triste todavía, la lluvia, una lluvia copiosa, fría, caía con ruido incesantemente como si la fatalidad se ensañara contra el pobrecito rey niño, persiguiéndolo hasta debajo de la tierra donde debía reposar para siempre. ¡Ay! sí, hasta debajo de la tierra; porque cuando bajaron el ataúd, el discurso que Moronval pronunció, verdadera taravilla de vulgaridades llenas de desafecto, de palabras enfáticas y frías, no fué á propósito para dar calor al yerto cuerpo del pobre Madú. El mulato habló de la virtud, de la gran inteligencia del difunto; dijo cuán modelo de soberanos hubiese sido á ocupar el trono de sus mayores; y acabó su oración fúnebre con el

vulgar elogio que se usa en tales casos: "¡Era un hombre!" dijo con énfasis.

Era un hombre.

Para los que habían conocido aquella carita de mono, triste y simpática; aquella infancia de fisonomía y de lenguaje, prolongado por un servilismo embrutecedor, la frase de Moronval parecía tan horrible como cómica.

Pero entre todas las lágrimas fingidas que se derramaban por Madú, había al menos una emoción verdadera, un dolor sincero, las de Jack. La muerte de su compañero lo había impresionado mucho, y aquella pequeña mueca de morisco, tan lúgubre y tan profundamente desesperada que había entrevisto en la semi-claridad de la estufa, lo perseguía sin cesar un instante desde el día anterior. A esa verdadera obsesión, uníase en aquel momento la impresión de la lúgubre ceremonia y también el sentimiento de su propia desgracia. Ahora que ya no existía el negrito, sentíase entregado solo completamente á la rabia del maestro, proque los demás muchachos, por abandonados que estuviesen, tenían todos corresponsales y encargados que los visitaban alguna vez y habrían protestado contra las brutalidades de aquel verdugo. Jack estaba abandonado, lo veía claramente. Su madre ya no le escribía, y nadie en el colegio sabía dónde se encontraba. ¡Ah! ¡Si lo hubiese podido saber! ¡Con cuánto apresuramiento habría ido á refugiarse á su lado y á contarle sus desdichas!

En eso pensaba el pobre Jack recorriendo de regreso el fangoso camino del cementerio. Labassindre y el doctor Hirsch iban delante de él hablando en alta voz, y he aquí lo que les oyó:

—Estoy seguro de que está en París, decía Labassindre.

Maquinalmente, Jack se puso á escuchar.

—La he visto anteayer por el boulevard.

—¿Y él?

—Toma, supongo que habrán vuelto juntos.

Ella, él, eran dos designaciones muy vagas, y sin embargo, Jack sintióse muy emocionado, como cuando oía en la mesa aquellas conversaciones que le atormentaban. A poco, los dos nombres pronunciados con todas sus letras le demostraron que no se equivocaba.

De modo que su madre estaba en París, en la misma ciudad que él, y no iba á darle un abrazo.

—¡Y si fuero yo á dárselo á ella! se dijo de pronto.

Durante el larguísimo paseo que hay que dar para ir desde el cementerio del Padre-Lachaise á la Avenida de Montaigne, le persiguió aquella idea: escaparse, aprovechar la desbandada en que volvían los colegiales y profesores, dispersados por el cansancio y las conversaciones particulares, poco cuidadosos del orden y de la corrección, ahora que el efecto estaba ya conseguido y la comedia terminada. . . .

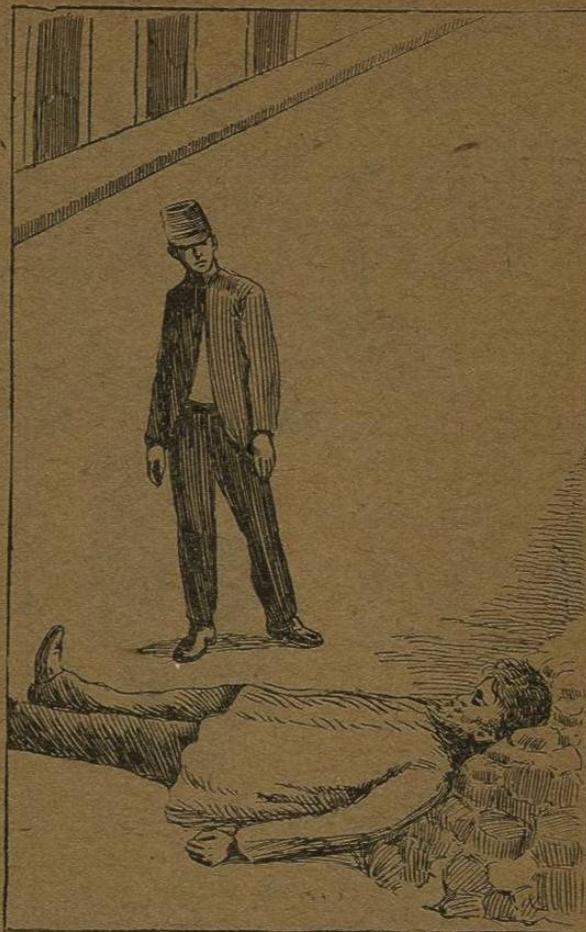
Moronval, rodeado de sus profesores y de un grupo de desheredados, abría la marcha y se volvía de cuando en cuando con un gesto de mando, diciendo: "Vamos andando" al alumno Saïd, que dirigía una segunda sección. El egipcio, á su vez, trasmitía la orden, y el gesto del maestro á las pierrecillas que seguían trabajosamente á larga distancia: "¡Vamos, vamos!" Entonces los rezagados echaban á correr y concluían por incorporarse al grueso del cortejo, á fuerza de buena voluntad. Sólo Jack iba quedándose cada vez más atrás, fingiendo un gran cansancio.

—¡Vamos! decía Moronval.

—¡Vamos! ¡Vamos! repetía el egipcio.

A la entrada de los Campos Elíseos, Said se volvió por última vez agitando sus brazos desmesurados; pero los volvió á dejar caer en actitud de espanto, de estupefacción.

Esta vez, Jack había desaparecido.



Un hombre tendido allí....